



## *Lo que el Señor quiere para la Navidad*

Su Excelencia Reverendísima Monseñor William E. Lori

Diciembre 2008

---

**E**s posible imaginar, que a esta altura del año, ya estarán en la etapa final de sus compras navideñas. Sin lugar a dudas, incluso en estos tiempos económicamente difíciles, estarán haciendo un esfuerzo para encontrar regalos adecuados para su esposa o esposo, sus hijos, amigos y colegas. Después de todo, el dar regalos, especialmente en navidad, representa más que una superficial obligación social. Nuestros regalos deberían expresar lazos de amor, amistad, conocimiento y respeto por los otros. Regalos bien pensados nos dicen que nos hemos tomado el tiempo necesario para averiguar los intereses y las preferencias de sus receptores. Aun más significativo es el hecho que estos regalos revelan que realmente hemos crecido en nuestro conocimiento y amor por aquellas personas que Dios ha enviado a nuestras vidas.

Pero, ¿qué es lo que deberíamos darle al Señor Jesús en esta Navidad? Al final de cuentas, es Su cumpleaños. Además, hay ya un precedente de dar regalos al Rey recién nacido. La Escritura nos dice que los Magos vinieron de tierras lejanas trayendo oro, incienso y mirra como regalos simbólicos: el oro simboliza la realza; el incienso, es un símbolo de esperanza en el Mesías; y la mirra, es un símbolo de los sufrimientos que Jesús padecerá por nosotros (cf. Mateo 2:1-12).

Sería imposible para nosotros superar dichos dones magníficos que revelan tan cabalmente la identidad de Jesús como Hijo Encarnado de Dios y su misión, como Mesías, de darnos esperanza

gracias a su sacrificio de amor. Ningún catálogo de regalos, tanto electrónico como en los periódicos, nos ayudará a encontrar un regalo para el Señor Jesús, y no hay nada que Él quiera o necesite que esté en los centros comerciales. El Señor no te está pidiendo ni a ti, ni a mí, pelearnos con el tráfico, enfrentar las masas, ni divulgar nuestro número de tarjeta de crédito en internet. Ni tampoco quiere que le des algo extravagante –algo que te cueste quizás- pero no extravagante.

El regalo costoso que creo que Jesús más quisiera recibir en navidad no nos parece ser un regalo. No es algo que nos gustaría recibir – pero es que nosotros no somos el Mesías. Creo que el Señor Jesús quiere que le entreguemos el pecado o los pecados con que más batallamos. Para algunos ese pecado será el no ir a alabar a Dios en la Misa dominical o el no rezar todos los días. Para otros, quizás es un hábito pecaminoso o hasta una adición o quizás algún resentimiento añejo contra algún familiar o colega; quizás sea una forma destructiva de auto-complacencia que también causa rupturas en nosotros y en aquellos que nos rodean, o quizás sea una tendencia a la falta de honestidad. Tú y yo no vamos a encontrar publicidad sobre estos “regalos”, pero son los que el Señor realmente quiere de nosotros, ya que el Hijo único de Dios nació en el tiempo y en la historia para salvarnos de nuestros pecados.

¿Cómo hacemos para identificar cuál pecado o pecados le debemos entregar al Señor al acercarse la navidad? Sugiero que un buen lugar para empezar es el

himno atribuido a los ángeles en la noche del nacimiento del Señor: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres en quienes Él se complace." (Lucas 2, 14). Durante las semanas de adviento debemos hacernos la pregunta: ¿cuáles son los pecados que cometo que rompen los lazos de paz? ¿Qué cosas hago que me quitan la paz de mente y corazón, qué comportamientos molestan mi propia conciencia? ¿Qué hago que deteriora o hasta destruye la paz entre mi familia y mis amigos, o que causa discordia innecesaria en el trabajo? ¿Peco contra la unidad de la Iglesia quejándome continuamente o destruyendo la reputación de otros católicos? Éstas son el tipo de cosas que, con prontitud, debemos entregar al Príncipe de la Paz en su nacimiento.

La manera específica en que nos preparamos para dar nuestro "regalo" o "regalos" al Señor Jesús, es a través de un sincero examen de conciencia, seguido por una buena, completa y valiosa confesión de nuestros pecados en el Sacramento de la Penitencia o de la Reconciliación. La teóloga Adrienne von Speyer observa que Jesús vivió su vida terrena en completa apertura a Su Padre en el cielo. La confesión de nuestros pecados señala que estamos progresando en el abrir de nuestros corazones a Dios y así conformándonos con Jesús. El "penitente perfecto"-dice ella- vive como vivió Jesús: "en total apertura, sin esconder nada, siempre dispuesto a ser

movido por el Espíritu Santo, sacando seguridad no de sí mismo, sino del Padre y de Su Espíritu" (Adrienne von Speyer, *Confesión*, Herder y Herder (1964), pp.22-23). Tal apertura de corazón, tal falta de temor, tal confianza en el poder de Jesús para salvarnos, es el regalo que el Señor nos está verdaderamente pidiendo.

Muchas parroquias tienen servicios penitenciales y horarios extendidos para recibir el Sacramento de la Reconciliación durante el adviento y además, durante la próxima cuaresma, todas las parroquias van a ofrecer el sacramento los martes en la noche como parte de una campaña diocesana. Por ahora, los aliento de corazón a que se beneficien de este sacramento en estos días previos a la navidad. Pídanle al Espíritu Santo la valentía para hacer una buena y completa confesión y de estar realmente arrepentidos por sus pecados. Luego escucha al sacerdote decir: "Dios, Padre misericordioso...te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo." Después escucha de nuevo y alégrate mientras que el ejercito celestial hace eco de esas palabras en Navidad: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres." Y quédate en paz, sabiendo que le has dado al Señor el mejor regalo de todos, el regalo de un corazón confiado y esperanzado.

